

En lo alto, la recompensa ; aquí abajo el consuelo.

Dios que ha criado el corazón del hombre, y conoce todas sus debilidades, sabe que la ausencia entibia las mas vivas amistades (1). En la última pascua Jesucristo preveía bien, que luego que él hubiera subido al cielo, sus discípulos olvidarian insensiblemente sus beneficios y sus instrucciones. ¡Ay! Moisés no permaneció mas que cuarenta dias sobre la montaña, y ya los Israelitas no se acordaban de los prodigios que habia hecho para librarlos del yugo de los Egipcios! ¿Qué ha sido de Moisés? decian.... Hagamos nuestros dioses, que nos precedan y nos defiendan de nuestros enemigos. Jesucristo, para ocurrir á estas inconstancias del corazón humano, quiso al elevarse á la celeste Sion, dejarnos una muestra de su presencia: con ella quiso que nos consolásemos de su sensible ausencia: en ella debemos encontrar el resumen de todas sus maravillas, y el complemento del gran sacrificio del calvario.

Si algun objeto sagrado, si alguna cosa divina ha escitado alguna vez la admiracion, el entusiasmo, las alabanzas y la adoracion de los santos, es sin duda el sacramento de nuestros altares, en el cual, nuestro Señor Jesucristo se hace el alimento de nuestra alma, y se une tan estrechamente á nosotros, que él mismo ha dicho hablando de esta union: *Como yo vivo de mi Padre, así el que me coma vivirá de mí* (2).

San Cirilo, para dar una idea de esta union, se vale de la comparacion de dos cirios, que fundidos y mezclados juntos, se unen y se pierden de tal modo el uno en el otro, que de los dos no se hace mas de uno (3). Y agrega: "El Hijo de Dios se unió á nosotros *corporalmente* como hombre, por medio de la Eucaristía; y *espiritualmente*, como Dios, por la energía y la gracia de su espíritu, atrayendo el nuestro á una nueva vida, y haciéndole participante de la naturaleza divina."

En materia tan alta y tan sagrada, no me sirvo sino con temor de los pensamientos y de las palabras que me ocurren á mí, hombre del mundo; y porque no haya gran desacuerdo entre la mano que recibe, y el divino objeto que la ocupa, tomaré á los santos, mientras pueda, las páginas que en mi vejez dedico á Dios y á la santa Iglesia.

Ved aquí como San Cirilo, obispo de Jerusalem, habla de nuestra union con Jesucristo en la Eucaristía: "El nudo de nuestra union con Dios Padre, es su divino Hijo, unido á nosotros como hombre, y á Dios su Padre como Dios; porque es tan imposible llegar á la inmortalidad una naturaleza corruptible de hombre, como descender hasta ella una natura-

(1) Massillon, sobre la comunión.

(2) El padre Juan Bautista Saint-Jure.

(3) San Cirilo. In Joan. 6—58.

eza inmortal; y por la participacion de sí misma, restituírnos y elevarnos de nuestra mortalidad á su perfeccion. Estamos, pues, reducidos y consumados á la union de Dios Padre, por la mediacion de nuestro Salvador; porque tomando, como acabamos de decir, corporal y sustancialmente el Hijo, que está unido con el Padre por naturaleza, nos volvemos gloriosos, y nos hacemos participantes de la Divinidad.

"Ved aquí las palabras en que están los oráculos de San Cirilo (1), dignas de ser grabadas sobre todos los mármoles con los rayos del sol. Y ved aquí, no aquella famosa cadena de oro de Homero, tan cantada por los antiguos autores profanos, con la cual su fabuloso Júpiter se envanecía de poder levantar la tierra hasta el cielo, y atraer los hombres á sí; sino esta sagrada y preciosa cadena divina, que es infinitamente superior á toda estima y todo valor, con la cual, Dios Padre llama y une sustancialmente en esta vida, el cuerpo y la naturaleza de los hombres mortales y terrestres, á la esencia de la Divinidad.

"Los tres eslabones de que San Cirilo la compone, son: *el primero*, la residencia sustancial y esencial de la Divinidad del Padre en la persona del Hijo, por el medio de la generacion eterna: *el segundo*, la residencia sustancial y personal de la Divinidad del Hijo, en su humanidad por la encarnacion: *el tercero* es, la residencia sustancial y corporal del cuerpo de Jesucristo en el nuestro, por el medio de la Eucaristía.

"La piedra iman tiene una fuerza admirable para llamar á sí, y unir el acero, y para hacer que este acero, llame y una otro á sí, de tal manera que el segundo le es conjunto, no inmediatamente, sino con la mediacion del primero, sobre aquel que principalmente ha ejercido su virtud, y que le está inmediatamente unido: de la misma manera, el Hijo de Dios nos atrae y une á sí por el medio de la humanidad, á la cual está primera y perpetuamente unido, y á la cual nos unimos nosotros por el sacramento; de suerte, que por él nos volvemos al Padre, como á nuestro primer principio, y nos unimos á él, para gozar en él nuestra última perfeccion."

No solo es el sacramento de la Eucaristía el mejor consuelo del hombre, despues que le aproxima á Dios y lo incorpora á la misma Divinidad, sino que es todavía el gran lazo de la sociedad cristiana; porque recibir en su alma á Jesucristo, es saciarse de caridad en el mismo manantial.... ¿Qué seria, pues, el mundo, sin la caridad cristiana? Para formarse una idea justa de lo que vendria á ser la sociedad humana, si esta virtud abandonase la tierra y se volase al cielo para no volver mas,

(1) Del conocimiento del amor de nuestro Señor Jesucristo, por el Padre Saint-Jure, de la Compañía de Jesus.



basta elevar el pensamiento dos mil años atrás. Lo que era el mundo antes de la venida de Jesucristo, eso volveria á ser todavía. Sin la caridad, hija del Evangelio, la llama de la civilizacion se apagaria; las tinieblas mas espesas se levantarían del infierno, y en esta oscuridad se lanzarian los hombres á las pasiones odiosas, á las infames voluptuosidades, y á todos aquellos abominables desórdenes que hicieron descender las aguas del diluvio sobre la tierra impía y encenegada.

Entre los hombres que se han elevado sobre sus hermanos, y que se han asentado sobre el sitio del poder, muchos se han dicho: "el pueblo es mas fácil de gobernar de lo que se piensa; tiene en sí un instinto de sumision y de obediencia; una voluntad justa y firme, hace obtener de él lo que se quiere, y se le mantiene constantemente en órden. La muchedumbre es rica en miserias, y entre tanto permanezca resignada, y no se irrite contra los poderosos y dichosos del mundo, á quienes todo sonríe, á quienes nada falta, y que hacen frecuentemente ostentacion de su fausto, ella se inclina con respeto ante el poderoso vestido de púrpura y oro; y cuando el gefe del Estado tiene necesidad del pueblo para que lo defienda, el pueblo se levanta y le ofrece sus millares de brazos."

Los gobernantes que hayan hablado así, y encontrado fácil el poder, han mandado, no lo dudeis, masas populares impregnadas del pensamiento cristiano. Con la doctrina evangélica, se revoluciona poco, se ama entre sí; el lazo de la caridad retiene é impide que se divida; el cristianismo nos ha dicho: "*Amarás á Dios sobre todas las cosas, y á tu proximo como á tí mismo; y no harás á otro lo que no quieras te sea hecho á tí.*" En los libros santos leemos: "*Aquel que se quiera elevar será abatido.*" *Bienaventurados los humildes de corazon, porque ellos serán glorificados.* Y en el Evangelio: *Bienaventurados aquellos que son dulces y pacíficos.* *Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!*

Con semejantes doctrinas, inculcadas en los espíritus, y trasladadas á los corazones, á las costumbres, á los usos, es posible [bien lo concebimos], gobernar los hombres, guiarlos, mantenerlos contentos; pero cuando el libro donde se encuentran estas santas y saludables máximas, no se ha abierto á la infancia, á la juventud; cuando la ligadura que unia el monojo de la sociedad, se ha desatado, todo se divide, todo cae, las dificultades nacen y la imposibilidad la sigue de cerca.

¡Lo hemos visto ya! Los hábiles y grandes políticos, los hombres del Estado de nuestra época [1850] proclaman que la Francia es ingobernable, y repiten que los bárbaros están á nuestras partes para acabar con la civilizacion!

¡Hombres de poca fé! En lugar de esparcir así, el espanto entre el

pueblo.... llamad, llamad al Salvador de lo pasado, al Salvador de lo presente, al Salvador del porvenir.... Decid á Jesucristo: Señor; ¡levantadnos, ó perecemos!

El se levantará: él nos salvará. Acordémonos de que el Hijo del Señor Eterno no está solamente asido sobre su trono de gloria en el cielo, sobre los arcángeles, serafines, virtudes y dominaciones, sino que al mismo tiempo está en nuestros tabernáculos todavía, cercano, al lado de las criaturas que sufren y que lloran. Vamos, pues, á implorar su ayuda; su misericordia, su mansedumbre, revelan sobre nuestros altares su majestad: podemos, pues, aproximarnos á él, verlo, espresarle nuestras penas, nuestras miserias, y rogarle nos socorra, sin temer, como los israelitas, que la brillantez radiante del rostro del Eterno nos haga morir.

El Arcángel del gran consejo, el Juez Supremo que vendrá sobre las nubes al fin de los tiempos, para juzgar todas las generaciones resucitadas de su sueño de muerte, no tiene acá abajo, ante sus tabernáculos, mas que tribunales de gracia y de perdon.... ¡Oh! ni mas bellos y tiernos anales que leer y que estudiar, sino aquellos que revelarían todas las gracias, las reconciliaciones, las rehabilitaciones, las amnistías, que han destilado del Sagrado Corazon de Jesus, adorable y encubierto en el Sacramento de la Eucaristía.

¡Ay! Nosotros todos lo sabemos: el mundo es fértil en miserias, en inquietudes, dolores y angustias, que no pueden ser socorridas, ni calmadas ni curadas, mas que por una mano divina; en nuestro valle de lágrimas son raros los hombres que consuelan, y casi todos nuestros grandes dolores no son apaciguados mas que por los amigos celestes que el Criador ha dado á cada uno de nosotros para guardarnos y conducirnos. Estos espíritus bienaventurados nos miran de cerca, escuchan nuestros suspiros, nuestros gemidos; son testigos de nuestros inquietos dias, de nuestros largos insomnios, y son ellos quienes nos inspiran el buen pensamiento de ir junto á su Dios, que es el nuestro, á pedir é implorar la calma, la paz y el reposo que no puede el mundo darnos.... Cuando obedecemos estas inspiraciones de nuestros ángeles de guarda; cuando apartándonos del ruido que hacen los hombres, nos refugiamos en la sombra y el silencio de la casa de Dios; cuando nos prosternamos enfrente de nuestros altares, ¿no sentimos poco á poco apaciguarse la agitacion de nuestro corazon, y calmarse la inquietud de nuestro espíritu? No ha llegado á nuestro oido voz alguna; y sin embargo desde el fondo del tabernáculo nos habla el Dios que allí reside.... ¡Oh! escuchémoslo bien: él dirá á cada uno la palabra que consuela y alivia; la palabra que fortifica y enaltece; la palabra que purifica y que salva.



Al hombre que soporta el peso del dia, y que comé un pan duro regado con sus sudores, le dirá: Vos, que trabajais, venid á mí, yo os aliviaré.

Al rico, que se consume en su opulencia, y se fastidia de la vida porque no la sabe emplear bien, le dirá: Cuando verifiqueis la siega, no corteis vuestro trigo muy cerca de la tierra, y no recojeréis las espigas que allí queden. No recojeréis en la vendimia los racimos y los granos que se hayan caido, sino los dejaréis tomar á los pobres, que no tienen ni viñas ni campos.

Y agregará: Cuando hagais un festin, convidad á los pobres... y seréis dichosos de que ellos no puedan tener medio de corresponderos, porque Dios os lo volverá por sí mismo el dia de la resurreccion de los justos.

A aquel que llore sobre una tumba, le hará ver la gloria del justo resucitado, y le dirá: Yo soy la resurreccion y la vida, y aquel que crea en mí vivirá eternamente.

A la pobre madre que gime como Raquel, y que no querrá ser consolada porque su hijo no existe ya, le dirá: Dejad, dejad (1) venir hasta mí los niños: el reino del cielo no pertenece mas que á aquellos que se les parecen.

Al pecador arrepentido, que se golpea el pecho, y que implora cerca de Dios, le dirá: Mas alegría hay en el cielo por un solo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de penitencia.

Al justo, probado por la adversidad, le traerá á la memoria el recuerdo de Job, y le dirá: Si rehusais sufrir, rehusais ser coronado... Si deseais la dicha del cielo, soportad los sufrimientos de acá abajo; llevadlos valerosamente: la victoria es la recompensa del combate (2).

A aquel de quien se ha murmurado, ó que ha sido calumniado, ó que llora por la ruindad é injusticia del mundo, el Señor le dirá: Hijo mio, permaneced firme en mí (3); os afijis por lo que de vos se ha dicho... Las palabras de los hombres pasan; vuelan en el aire, y no estremecen la tierra: si sois culpable, servíos de eso mismo que de vos se dice para enmendaros; y si sois inocente, sufrid con placer la injuria que se os ha hecho, y ofrecedla á Dios.

Escuchad bien mi palabra, y nada os importen todas las palabras de los hombres.

(1) Evangelio de San Lucas.

(2) Imitacion de Jesucristo.

(1) Imitacion de Jesucristo.

Cuando ellos publicaren, para ennegreceros, todo lo que la mas envenenada calumnia puede inventar, ¿qué mal os harán todas las injurias, si las dejais pasar como una paja que vuela en el aire? ¿Tendrán todos ellos juntos la fuerza de hacer siquiera caer un cabello de vuestra cabeza?

Al padre de familias, que se inquieta demasiado por el porvenir de sus hijos, y que en algunos instantes desfallece su confianza en el Señor, le dirá Jesus: Considerad las aves del cielo: ellas no siembran, no recojen ni siegan los graneros, y vuestro Padre celestial las cria: ¿no sois vos mucho mas que ellas?

Considerad como crecen los lirios del campo; no trabajan, pues, y no se deshilan.

Y sin embargo, os hago saber, que Salomon mismo en su gloria, no estuvo jamas vestido como uno de ellos (1).

Al cristiano que se arrepienta de su tibieza y falta de fervor, le dirá el Salvador: No podeis siempre conservaros en el fervor y sentir os elevar á la contemplacion; es preciso que resintais el peso demasiado grave de la vida corruptible.

Mientras esteis revestido de un cuerpo mortal, vuestra alma estará como anudada y abrumada bajo un gran peso (2). Armaos de valor; rogado, rogad siempre: la plegaria que nace del corazon, encuentra siempre un ángel para llevarla á Dios.

Oh! Para aquel que sabe escuchar con fé las consoladoras palabras que salen del tabernáculo, son infinitas, por decirlo así; el mundo no las entiende, pero las almas piadosas las recojen y las guardan: entre ellas y Dios hay un contacto sin fin; un incesante cambio de plegarias por una parte, y de beneficios por la otra; el servidor pide, y el Soberano Señor concede; el hijo sufre y gime, el Padre cura y consuela.

Sin duda, el Hijo del Eterno, despues de su gloriosa ascension, permanecería en el reinado celestial de su Padre; su amor por los hombres, lo ha encadenado, por decirlo así, á nuestros altares, donde nuestros gemidos, nuestros votos, nuestras plegarias, se elevan siempre hasta él. Lo decimos con una profunda gratitud: la magnificencia y la bondad divina, mas sin la institucion de la adorable Eucaristía, ¿serian lo que son, la confianza, la *intimidación* del hombre con su Dios? En el cielo Jesucristo es un Rey radiante de majestad: en el tabernáculo es un amigo que se convierte en mucho mas pobre que nosotros. Así veis como su Divinidad no infunde pavor á persona alguna: el mendigo se arrodilla tan cerca de él como el monarca; el niño tartamudea allí su corta oracion, junto al

(1) Evangelio de San Mateo.

(2) Imitacion de Jesucristo.



viejo cargado de años; y la joven virgen, al lado de su madre, se pone bajo la proteccion del Divino Hijo de Maria.

En nuestros dias, una simple hija del pueblo, joven modista, se ha elevado á tan alto grado de piedad por su devocion al Santísimo Sacramento, que su nombre es casi tan conocido de los hombres como de los ángeles. Maria Eustelle, muerta á la edad de veintiocho años, se ganó en esta corta vida tantos tesoros de santidad, que los ha llevado al cielo, dejando sobre la tierra el recuerdo de su ardiente amor por Jesucristo y por el prójimo. En una coleccion de cartas escritas por ella, encontramos pensamientos dignos de Santa Teresa..... Ved aquí algunos:

“Yo no puedo ver sin un amargo dolor á nuestro Señor abandonado en su tabernáculo. Yo habria querido permanecer allí sin cesar. Permanecia allí tanto tiempo como me era posible; los dias de fiesta y domingos no salia de la iglesia hasta despues del *Angelus* de la noche. Yo hubiera permanecido allí toda la noche si hubiese sido permitido: era una especie de iman el que allí me retenia, que me llamaba allí, á este lugar lleno de encantos..... ¡Cuántas horas dulces pasan allí con rapidéz....! ¡cuánto son agradables y saludables al alma....! Luego que por la voluntad de mi divino Maestro, las persecuciones, las calumnias, las humillaciones, las penas interiores, vinieron á caer sobre mí, las he recibido como otras tantas pruebas de amor, que partian del corazon que yo amo y adoro: yo me estasiaba de gozo siempre que tenia algo que sufrir, y no sabia cómo atestiguar el vivo reconocimiento de que mi alma estaba penetrada.

“Lo que yo deseaba hacia mucho tiempo, me fué otorgado: era pasar una parte de las noches en la iglesia. ¡Cuán feliz fui yo, así sola en presencia de nuestro divino Salvador! ¡Cuánta dicha, cuánta alegría gusté en la calma y la oscuridad á los piés del altar! Allí estaba solo alumbrada por la débil claridad de la lámpara, que consumiéndose ante Dios, me hacia recordar que yo debia tambien arder y consumirme en su presencia, para honrar, por mi entera destruccion, la grandeza y la soberanía de su Sér.

“Despues, esclamaba como David: Mi corazon no puede contener los sentimientos de que está lleno, y es al Rey del cielo á quien consagro mis cánticos!”

El Sacramento de la Eucaristía no solamente lleva los consuelos y la fuerza al alma, sino que ilumina tambien el entendimiento, acalora y abrasa la voluntad. San Efren la llama: *un fuego del cielo que purifica la tierra*. Segun San Juan Crisóstomo, es una fuente de luz de donde se despiden rayos de verdad. “En efecto, dice este gran doctor, nosotros

sabemos, porque nos lo enseñan las historias de los santos, que los concimientos mas grandes y las comunicaciones mas íntimas que nuestro Señor les ha dado de sus misterios y de sus secretos, les han venido despues de la comunión, porque estando en ellos el Sol de la Justicia, y encontrando sus almas transparentes y como de cristal á causa de su pureza, las ilumina sin obstáculo, y las llena de sus esplendores.”

De nuestros tabernáculos se exhala ese perfume, ese bálsamo celestial, que nos revive y nos hace marchar con un santo trasporte, por el camino duro y erizado de espinas que conduce al cielo; bálsamo celeste he dicho; lo que es igual, suavidad, casto deleite, inmortal éxtasis, placer celestial y sublime! La Eucaristía es este manantial, y este *Sacramento de sacramentos* nos lo hace probar á medida que nos unimos mas íntimamente á Jesucristo, velado bajo sus especies. Es al levantarse de la santa mesa, que se prueba, que se siente la necesidad de proclamar ante todo lo que existe, que nada es tan dulce, nada tan amable como el reino del Salvador!

Entonces se dice, abismado bajo la impresion del gran misterio: “Yo me he elevado hasta el estrémo de mi espíritu; pero he encontrado que el Verbo es infinitamente superior: he descendido hasta lo mas profundo de mi alma para sondear curiosamente este secreto; pero he conocido que él estaba todavia encima. Fijando los ojos sobre todo lo que me rodeaba, he visto que estaba allí en todos los objetos del exterior: volviendo mi vista dentro de mí mismo, he percibido que él estaba mas íntimamente en mi corazon, que mi corazon mismo (1).”

La fuente de todas estas celestes alegrías, reparte sus aguas vivas, no solamente sobre los justos que han recurrido á ella, sino tambien sobre los pecadores; la caridad siempre ingeniosa, hace correr sus límpidas saludables ondas hasta sobre los ojos de los hombres embriagados del vino de las pasiones; y para que los hijos del mundo sean inspirados á beber de este torrente de gracias, las almas piadosas nutridas con el pan eucarístico, ruegan noche y dia, y piden á Dios estender su reino sobre aquellos que no le conocen.

El mundo va mal; pero iria mucho peor aún, si los justos no se colocasen entre Dios y él. No dudamos, pues, en decir, con toda la conviccion de nuestra alma, que la sociedad no tiene otra salvaguardia contra los peligros que la amenazan, mas que la Eucaristía.

“*La plegaria del justo*, dice un apóstol, *es de gran peso cerca del Señor*,” “La misericordia de Dios seria menos grande, si no se elevasen tantos votos cada dia hasta el cielo; si esa escala mística que Jacob ha visto en

(1) Bossuet. De la union de Jesucristo con su esposa.



su sueño estuviese rota ó destrozada, la tierra sería, no lo dudemos, mas frecuentemente castigada á causa de los crímenes que la manchan. Si, si el Eterno fija todavía sus miradas sobre nosotros; si reparte aún sus favores sobre el mundo, son las plegarias y los gemidos secretos de tantos justos, piadosamente prosternados ante nuestros tabernáculos, quienes las atraen. Son ellos los que componen esta parte pura de la Iglesia, que no tiene otra voz para solicitar, que aquella de Jesucristo, y de quienes los clamores tienen siempre acceso cerca del Padre. Allí está esa paloma que gime sin cesar, y que nunca gime en vano. Es á las plegarias. Es á las plegarias de los verdaderos amigos de Dios, á quienes los siglos deben los príncipes religiosos, los pastores fieles, la paz de la Iglesia, las victorias de la fé; esos hombres célebres por sus luces, que Dios hace salir en las necesidades de su Iglesia, para oponerse á los desmanes del error, á la relajacion de las costumbres, á las debilidades de la disciplina. ¿Qué mas diré? A estas gentes honradas, es á las que el mundo debe sus inesperados recursos en las calamidades públicas: la tranquilidad de los pueblos, la dicha de los siglos viene toda de allí; porque todo se hace por los elejidos. Nosotros honramos, porque no juzgamos mas que por los sentidos á la sabiduría de los soberanos, al poder ó á la habilidad de aquellos que nos gobiernan; pero si analizásemos el éxito de los sucesos, por sus causas, encontraríamos en los gemidos secretos de los justos, en las plegarias de una alma simple y oscura muchas veces, oculta á las miradas de los hombres, que deciden mucho mas con Dios de los acontecimientos públicos, que los césares y sus ministros colocados á la cabeza de los negocios, y que parecen tener entre sus manos los destinos de los pueblos y de los imperios [1].”

Esto que decia á nuestros padres el elocuente obispo de Clermont, no ha cambiado: siempre los crímenes, las expiaciones siempre; los pecadores siempre insultando á Dios, y siempre los justos implorando su misericordia. Y el mundo, ese gran criminal, tan ingrato como ciego, tiene siempre sus burlas y sus sarcasmos contra *esas almas devotas*, y pregunta, ¿qué hacen tanto tiempo al pié de los altares....? ¿Qué hacen? Ellas arrancan la gracia al Señor: vuestras impiedades, vuestros desarreglos, vuestras blasfemias llegan hasta su trono; han encendido su cólera, su justicia se ha levantado.... ella quiere herir.... y si su brazo se ha sujetado, no ha sido mas que por la plegaria, por los ayunos, por las maceraciones y los martirios de los justos, que desde lo alto de vuestro estúpido orgullo mirais con desden.

(1) Massillon. Sermon, sobre la mezcla de los buenos.

Jamas entro en una iglesia cuando ya han terminado los oficios y que solo se aperciben en la casa de Dios algunos cristianos que se quedan á orar en el silencio y el recojimiento, sin que me venga este pensamiento y me diga á mí mismo: “Entre estos fieles, hay sin duda alguna alma bien pura, bien amante, que la fé, la esperanza, y la caridad, la tienen de tal modo aproximada á Dios, que su voz ha de ser para con él muy poderosa.”

El anciano mendigo, prosternado sobre las baldosas, juntas las manos, clavadas sus miradas en la Cruz, en su adoracion estática, puede ser que obtenga en este momento el perdon de un malvado rico que le ha negado la limosna: y esta simple y pobre muger, de rodillas ante la santa imájen de la Madre del Salvador, puede ser que en este mismo instante aparte, por su humilde súplica, el inminente peligro que amenace una cabeza ilustre y querida!..... Y no se diga que yo exajero aquí el poder de la oracion. ¿Aquella niña, que guardaba sus carneros en los alrededores de Nanterre, y que cantaba las alabanzas y las misericordias del Señor, hilando su rueca, cómo pudo con solo su cayado hacer retroceder en su camino al feroz Atila, el ejecutor de las venganzas divinas? Todo el poder de Genoveva estaba en su *aproximacion á Dios*: ¿y quién la habia puesto en tan íntimo contacto con el Soberano Señor de todas las cosas? La plegaria.

¿Y esta otra vírgen, inspirada de lo alto, en dónde ha encontrado todo su valor? En la oracion. Cuando iba á los campos, cuando estaba allí sola los dias enteros, “oia unas voces”.... Estas voces las oyen frecuentemente los que ruegan; y frecuentemente hay como un diálogo entre la criatura que ruega y el Criador que escucha. Para las almas piadosas y creyentes, Dios no está siempre mudo; del fondo del tabernáculo responde á aquel que le implora:

“Mas allá de todos los cielos,

“El Dios de los cielos reside.”

Este pensamiento tiene en su majestad algo de pavoroso para el hombre simple.... Teme que su plegaria, que su fervor para con el Señor no se pierda en los espacios infinitos que separan el cielo de la tierra. No ve, como Jacob, la escala maravillosa, ligando junto al valle de lágrimas la mansion de los bienaventurados. Si ignora como se establece esta comunicacion, sabe sin embargo el camino de la iglesia donde ha sido bautizado, donde ha hecho su primera comunión, y es allí donde corre en cuanto se siente acometido por algun pesar, ó cuando una in-